

# Testimonio de parte en Ayacucho



**L**o que podría, quizá, interesar es que yo les contare un poco cómo fue que escribí mis obras. Y lo voy a contar de manera simple, porque la vida se da así. La vida no es exactamente como la presentan los libros.

Ahora mismo, que hablo estas palabras, estoy recordando que en una oportunidad en Pasco, en esos días trágicos de Pasco, cuando asistí a una de las masacres que se realizaron ahí —una de las miles de masacres que se realizaron y se siguen realizando en el país desde la conquista— me subieron a un camión con los consabidos culatazos, patadas, mentadas de madre, una cosa así.

Yo iba muy asustado cuando en eso volteeé y vi atrás un camión verdaderamente derrengado y no me explicaba cómo podía caminar. Eran los camiones donde venían los prisioneros porque la Fuerza Armada los había requisado, como se dice "a la prepo". Este vehículo tenía como título: "Yo también fui último modelo" (risas). Tuve la misma reacción que ustedes: me reí. Lo cual me valió nuevos golpes. Creían que yo me reía de ellos. En realidad, en esos momentos, nadie se reía de un fusil.

Yo me reía porque había visto el título: "Yo también fui último modelo". Y, curiosamente, el camión que venía más atrás, que era más derrengado todavía y que trágicamente se abordaba por nosotros, se llamaba: "Así es la vida" (risas). Es una lección del humor del pueblo peruano que salva de esas cosas.

Recuerdo, también, que yendo para el Congreso de Caracas, hace poco al Congreso de Escritores, casi no llego al aeropuerto porque una enorme garúa había bloqueado la ruta. Yo pensaba: ya perdí el avión, el pasaje, el viaje, los hoteles...; pero, en cambio, decía: "Yo no soy dólar, pero subo" (risas). Todas estas cosas hacen la vida, indudablemente.

La mía es simultáneamente la de poeta, la de narrador, la de cronista y de ensayista. Es decir, la de escritor. Y yo quisiera que algún día la crítica, como es dable cuando no se han difundido cosas accesorias, me considerara simplemente como un hombre que escribe, como un escritor. No soy un novelista, no soy un poeta, no soy ensayista, no soy un hombre que ha participado en la política. Soy un ser humano. Soy un peruano que ha vivido y que vive en esta época bárbara de finales del capitalismo. Y que vive en uno de los países más atrasados del planeta. Que pasó su infancia en Huancave-

lica, porque pasé parte de mi infancia en Acobamba que está a muy pocas leguas de Huamanga.

Ese es el cuadro en el que yo me sitúo; en el que me sitúo raigalmente para hablar un poco sobre mi experiencia de escritor.

Yo fui escritor, como lo somos todos en América, de manera improvisada. Porque como ya lo dije al comienzo —cuando acá me honraron pidiéndome que inaugurara el certamen— que yo creía que el rasgo genial de la literatura latinoamericana era justamente su improvisación. Porque todos nosotros somos escritores cuando queremos. Tanto es así que de pronto a un amigo que salió de viaje o hacer negocios lo vemos retornando, al cabo de algunos años, como escritor y nadie se pregunta por qué.

Justamente es así, porque cualquiera puede ser escritor. Yo empecé a escribir, también, de casualidad. Había hecho poemas, por supuesto, poemas de amor, del consabido amor fracasado.

Cuando tuve que escribir en serio fue en México, durante ese exilio que abarcó siete años. En una oportunidad siendo yo pensionista de un humilde alojamiento mexicano. Ya me había caminado treinta o cuarenta veces en búsqueda de una habitación mejor y cada siempre, increíblemente, a una habitación peor. Pero en la que yo había caído, por lo menos, tenía crédito y ya debía muchos meses. Había logrado con paciencia, cariño y una serie de razones que la patrona me tuviera ocho meses. Cuando la dueña se dio cuenta ya no era propiamente una deuda sino casi una inflación (risas)... no podía ser rabo de paja sin interés estable. Además le había dicho que escribía.

Me acuerdo de Juanita, se llamaba Juanita. Juanita era una señora que había sido doméstica en la embajada mexicana de varios países y tenía un vago y honesto respeto por la literatura. Yo al principio fingía que escribía, ella creía la cosa y confiaba que algún día pagaría.

Pero cierta tarde Juanita me despierta muy temprano. Juanita era una dama de 50 años, lamentablemente (risas). Me despierta muy temprano y me dice: "Manuel, ésta es tu oportunidad". Yo despierto del sueño al lado de Juanita, mi acreedora principal, y leí una convocatoria a Juegos Florales en México. Decía: "La Universidad Autónoma de México, con motivo de su IV centenario, convoca a Juegos Florales",

Manuel Scorza pronunció la noche del 21 de enero de 1982 lo que sería su último TESTIMONIO DE PARTE en el Perú sobre su genial producción literaria. Y lo hizo en Ayacucho, cuando la turbulencia de la actividad guerrillera y la acción represiva de las FFPP empezaban a trastocar la apacible tranquilidad de la otrora seráfica ciudad de Huamanga.

Scorza vivió esos momentos cruciales. Y conmovido por la persecución ideológica que había degenerado requisa de libros y la proscripción de obras literarias, además de la detención de intelectuales, suscribió el Manifiesto de Ayacucho con la adhesión de todos los escritores y críticos que concurrieron al I Simposio Nacional de Narrativa Peruana, por el que se exigía el cese de la persecución intelectual.

La pieza testimonial que entregamos ahora, es la reseña panorámica de parte de la vida del desaparecido escritor; su postrer testimonio personal como poeta y novelista, como político y literato, como hombre comprometido con una filiación y una fe. Es parte de sus experiencias centralizadas en los movimientos campesinos de fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, de los cuales fue testigo de excepción.

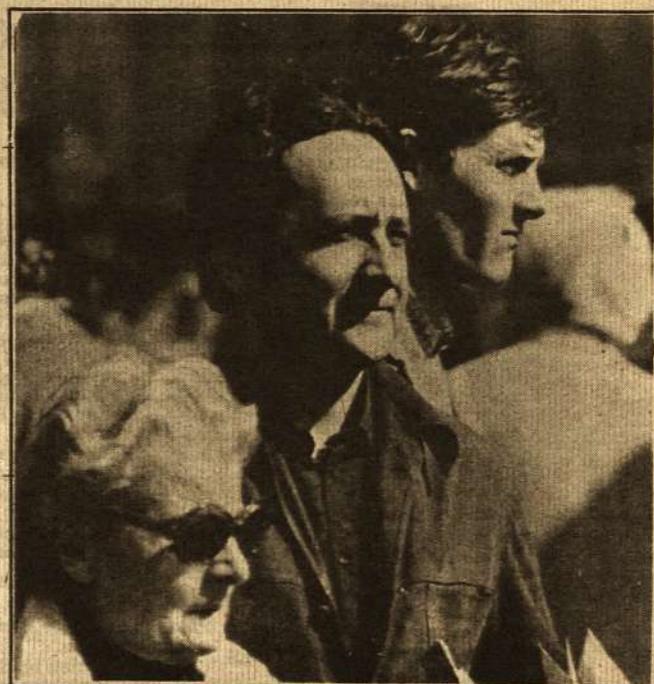
El I Simposio Nacional de Narrativa Peruana fue organizado por el Departamento Académico de Lenguas y Literatura de la Universidad de Huamanga. Se desarrolló del 18 al 23 de enero de 1982. Y congregó a destacados hombres de letras como José Bravo, Marcos Yauri, Gregorio Martínez, Félix Huamán, Juan Alberto Osorio, Eleodoro Vargas Vicuña, Antonio Cornejo y Eudocio Meneses, entre otros.

Agradecemos al antropólogo Fermín Rivera por habernos permitido conocer la versión grabada del testimonio y a la oficina de RRPP de la Universidad de Huamanga por el material fotográfico (Domingo Huerta).

etc., etc., con un premio de cinco mil pesos, que era mucho dinero. "Usted...", me dijo. Yo me quedé mudo. "Sí, claro —me dijo— Ud. va a participar. Ud. es un hombre que va al triunfo": "Sí, sí, Juanita, naturalmente", le decía yo.

A partir de entonces empezaron a sucederse una serie de cambios dramáticos. Por lo pronto un cambio de alimentación. Pasé de un simple café al café con leche (risas). Además, había silencio cuando yo llegaba, decía que no se me molestara. Todo esto me ponía muy, muy nervioso. Cuanto más grande eran las atenciones del personal, que tenía severas consignas de no perturbar mi trabajo literario. Yo decía que tenía dificultades para conseguir papel; fue inútil: un día amanecieron como tres mil hojas y una docena de lápices. Yo realmente no encontraba pretextos para no escribir.

Entonces, ya faltando muy pocos días, cuando yo ya tomaba el aspecto lívido de poeta romántico, escribí tres poemas de los que se han traducido sólo dos, uno se salvó. Tres poemas, en los que mezclando todo lo que yo conocía de poesía universal más todo lo que había pasado los convertí en tres poemas de amor que llamé "Literal del Olvido". Y los



Por  
Manuel  
Scorza



mandé no pensando por supuesto

Pasó algún tiempo, hasta que un día me despertó la música: había yo ganado los tres primeros premios de los Juegos Florales de la Universidad Autónoma de México. Yo recibí la bolsa del dinero lo cual pagaba mis deudas y me permitía un año más de crédito. Y dediqué los tres poemas a Juanita. Todo el mundo decía que era mi musa, y de cierta manera lo fue. Era una mujer extraordinaria, una de las más importantes de mi vida.

Bueno, empecé a escribir así. Luego hice una serie de distintos poemas que se perdieron, no se publicaron. En esa época se vivía bajo una dictadura. En las dictaduras se publica sólo lo que los gobiernos quieren. Yo vivía exiliado.

Retorné el 56. Yo ya había escrito otro libro. Gané un premio nacional de poesía, y durante más o menos el decenio siguiente escribí libros de poemas ("Las imprecaciones", "Los adioses", "Desengaños del mago", "Réquiem para un gentil hombre" y "El vals de los reptiles").

Libros de poemas en que yo personalmente encuentro las características del describir de mis novelas — y esto es un telegrama para la crítica—. Porque ahí está la exageración fantástica; están esos vales con monstruos, que duran siglos; esas partidas de billar que duran épocas enteras, en las que los jugadores para hacer una jugada de otra dejan pasar años. Toda esa estructura de la trama del tiempo que va a expresarse en novela de otra forma.

Pasaron los años, tuve otras frustraciones, otras preocupaciones. Pasaron los años y yo torné a la quietud e intenté llevar una vida como todo el mundo. No lo pude, porque no me lo permitió la aparición de un acontecimiento sorpresivo en mi vida que fue la guerra campesina de Pasco. Lo que fue llamado la guerra campesina de Pasco por algunos críticos, pero que en realidad fue una ola, la gran ola de alzamientos campesinos de Cerro de Pasco en los años 60. Y que es, aunque no lo quieren los que se han ocupado con ignorancia o indiferencia, el fin de la feudalidad en el Perú. Porque las comunidades de Pasco en 1960 son las únicas comunidades del Perú que ocupan aproximadamente medio millón de hectáreas y se quedan con las tierras. Hubo muchas masacres, pero se quedaron con las tierras.

Yo allí asistí a un hecho. Asistí a un hecho como hombre de raíz india, de padres indios. Los comuneros de Pasco que conocían que tenía

cierto prestigio —ellos buscaban gente que los apoyara—, me buscaron a mí entre otros. Me incorporé al movimiento comunal y asistí, asistí parcialmente y de manera secundaria —yo siempre lo he dicho: de manera secundaria— a unos fragmentos de esa gran rebelión.

De esa gran rebelión que fue una de las millares que ha tenido el Perú a lo largo de toda su historia. Y vi, entonces, realmente la grandeza del pueblo. La grandeza, la cosa ardiente y desmesurada que es un pueblo cuando se opone en marcha con la guerra, con la guerra de liberación. Los cientos de caballos cabalgando en la pampa, la caballería como una cosa absolutamente envidiable. Y aquí hay testigos, justamente..., aquí está uno de los personajes de "Redoble por Rancas": El Prof. Rivera, que es antropólogo y ha recorrido la zona y sabe que los lugares son totalmente reales.

Asistí a todo esto como visitante del gobierno comunal. Publiqué en esa época una serie de manifiestos que contribuyeron a arruinarlo, porque yo tenía un status de perseguido burgués en esa época. Pero publiqué en el diario Expreso manifiestos en los cuales denunciaba y cuestionaba por primera vez en el país, en forma pública, a la Cerro de Pasco y además sostenía que la clase revolucionaria en el Perú era la clase campesina. En esa época. Lo cual me valdría una excomunión que entiendo ha terminado hace poco tiempo, porque esta semana me ha llegado la noticia de que un millón de ejemplares de mis libros han salido a circulación, lo cual para mí es una gran satisfacción. Es una gran satisfacción que un drama peruano en este momento se conozca.

Participé en esto que acabó como todas las masacres peruanas: en el silencio. Me quedé muy lastimado porque había visto algo grandioso de ser recordado. Y tuve una experiencia traumatizante: el día que hablando con uno de los hombres más excepcionales que he conocido (lamento que por olvido de un amigo que envió los libros acá no haya

llegado justamente "El Cantar de Agapito Robles"): Agapito Robles. Agapito, personaje que ustedes pueden conocer y que hoy vive en las alturas de Yanacocha. Pasco, es un hombre absolutamente excepcional. Este hombre, cuando yo le preguntara sobre la escena del perdón, sobre la que paso de largo pero que es una de las escenas más extraordinarias que vive Pasco, me dijera: "me he olvidado". Entonces sentí la atroz quemadura del olvido. Lo que no se escribe muere.

Y me di cuenta en ese momento crucial en mi vida que si alguien que era alfabeto... y lo mismo supongo que pasó en la conquista, en ese mar de horrores del olvido que fue la conquista había muy pocos alfabetos. Me di cuenta que si alguien que era alfabeto, y en este caso yo no sólo lo era alfabeto sino que era escritor, no rescataba en sus libros esa realidad se iba a perder para siempre...

Me fui a París porque el gobierno de Prado me atacó, me entabló un juicio por ataque a la Fuerza Armada. Esa es la forma cómica que tienen los gobiernos para referirse a los ataques de la Fuerza Armada hacia los civiles; porque cada vez que la Fuerza Armada reprime hay un ataque de los civiles a la Fuerza Armada. Bueno, éste fue un juicio que tuvo sus consecuencias legales que incluía la prisión. Y me fui al extranjero, a París.

En París escribí un informe de Rancas: Lo releí y se lo leí a amigos y todo. Vi que le faltaba el corazón; no veía lo que yo había visto. Y entonces un día lo que hice fue arrojar todo eso y soñar la realidad, como si yo estuviera adentro. Y escribí "Redoble por Rancas".

Escribí "Redoble por Rancas" — y les digo esto para alertar a los que tengan vocación de escritor—; terminé de escribir "Redoble por Rancas" y lo presenté a más de dos editores. Uno tras otro, los dos editores me enviaron cartas de rechazo... después de casi un año. Yo, muy desmoralizado, creyendo en fin de que podían haber habido intrigas —por que siempre hay intrigas, siempre

hay cosas en estas ataduras literarias— resolví presentar el libro a un concurso nuevamente, no con la esperanza de obtener un premio sino con la esperanza de por lo menos una opinión. Y resulté en el escándalo del primer planeta porque yo había obtenido el premio y el editor cambió el dictamen y el jurado también. Pero el libro salió. Corrió el libro no solamente salió el libro: la revista CARETAS descubrió a Héctor "Nictálope" Chacón en El Sepa y sacudió el sentimiento democrático del pueblo peruano.

En ese momento empezó una ola de emoción colectiva muy fuerte y el general Velasco se vio, no digo presionado porque él no era un hombre que se dejara llevar por presiones, sino acuciado por el reclamo de escritores, comuneros, etcétera. Y sobre todo —me dijo luego un oficial — porque en los mercados había empezado a aparecer: "libertad para «El Nictálope»". Y él tuvo unas palabras muy duras contra los escritores. Y dijo que la Fuerza Armada liberaba a Héctor Chacón; que ningún escritor, ni los civiles ni nadie liberó al "Nictálope"; que nadie había influido en nada.

La televisión me entrevistó, entonces yo en ese momento le respondí al general Velasco que yo no le discutía su juicio, pero que mal cumpliría el provisional rol de escritor de la sociedad peruana; en una sociedad en la que mucho antes que surgiera el germen del ejército del Perú, Guamán Poma había ya pensado en la lucha por la reivindicación y la libertad peruana, si yo no le contestara que él estaba equivocado porque era el "Nictálope" quien se encontraba en la cárcel y no era el nombre que yo había inventado.

Y el general Velasco —debo reconocerlo yo que he combatido a la dictadura de la segunda fase— tuvo la gentileza de salir por la televisión y decir que se rectificaba. Eso lanzó al libro a escala mundial. Hoy ya pasaron 10 años. Quizá debí haber adquirido nuevas esperanzas, pero quería dar una visión épica de ese

mundo y creía que no me iba a durar unos años. Cuando me di cuenta habían pasado 10 y había terminado todo esto con "La Tumba del Relámpago", que tampoco —lamentablemente— tampoco tiene una edición popular. Había terminado este ciclo donde mostraba todo ese pueblo, toda esa grandeza de la que yo personalmente, salvo algunas escenas o páginas muy breves, me había excluido; porque lo que yo quería mostrar era la grandeza de esos personajes superiores al autor, superiores a su país. Y a los que su país no los sentía porque hay varios perúes. "Hay varios perúes" es un concepto que ayer adelantamos en la conversación con el Dr. Cornejo. Y a mí me parece importante señalar que hay varios perúes porque hay varias críticas y varias incomprendiones. Hay públicos y críticos que no han nacido, porque no pueden nacer hoy.

El otro día me preguntaron, ¿por qué no leen sus libros los campesinos?... si a Ud. lo leyeron los campesinos... A mí no me leen los campesinos porque son analfabetos y porque no pueden comprar los libros. Pero algún día cuando en el Perú haya una revolución socialista, sé que los campesinos me van a leer, será uno de los autores más leídos del Perú.

Y esto se vio bien claro cuando Chacón salió de El Sepa, porque el general Richter me dijo qué es lo que yo deseaba de las Fuerzas Armadas en esos momentos. Siempre que se acerca un comandante uno cree que lo va a arrestar; pero un comandante me saludó y me dijo: "El señor ministro del Interior quiere hablar con Ud.". El ministro me dijo: "Bueno, qué es lo que quiere usted". Yo le dije: "A mí me gustaría mucho darle la noticia a Chacón". Yo fui a El Sepa, le di la noticia. Yo había visto antes a Héctor en la cárcel de El Frontón.

Y cuando Chacón llegó, habían docenas de periodistas alrededor, y estaba la televisión peruana. Y qué pasó: que Chacón se puso a bailar y cantar en quechua. Y se produjo uno dos o tres minutos de desconcierto en la televisión peruana. El 28 de julio de 1971 se produjeron tres históricos minutos de desconcierto en la televisión peruana, porque un protagonista de un libro que empezaba a ser difundido en el mundo. Que había motivado la intervención del Presidente de la República solicitando excusas a un autor que sostenía que ese personaje no podía ser indultado ni amnistiado, sino que debía de salir libre porque no había cometido ningún crimen, era un luchador social; era el momento en que el hombre más rico del Perú entraba a la cárcel, Maríaño Prado entró a la cárcel, sucedía que salía libre un hombre a quien no se le entendía porque hablaba en quechua.

Yo quiero terminar a ese nivel porque me parece que ahí se plantea una de las problemáticas de mis libros en todo caso, o de cierto sector de la literatura, porque creo que el Perú es un archipiélago de tiempos detenidos. Un archipiélago de tiempos que no se comprenden; un archipiélago de tiempos que hasta ahora no es una nación. Por eso a mí me parece que hay que abordar estos temas con serenidad. En cuanto a mí —ayer le dije también Antonio Cornejo— yo siempre he tenido, he creído en una alternativa; he tenido, tengo fe en el futuro humano. Y esto, creo, es algo que se trasunta en mi poesía y en mi novela. (Aplausos).